

Los días más felices

NEFELIBATA



Los días más felices

Rodrigo Hasbún



Duomo ediciones

Barcelona 2011

© 2011 by Rodrigo Hasbún
All rights reserved

Primera edición en esta colección septiembre 2011

© Antonio Vallardi Editore, Milano
Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle La Torre, 28 bajos 1ª Barcelona 08006 (España)
www.duomoediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

DEPÓSITO LEGAL: B. 23.749-2011
ISBN: 978-84-92723-96-6

Diseño de interiores:
Agustí Estruga

Corrección del texto:
Bea Galán

Fotocomposición:
Grafime. Mallorca 1. Barcelona 08014 (España)
www.grafime.com

Impresión:
Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Printed in Italy – Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

UNO

Familia

I

Hay una mujer en medio de la calle, tirada en el suelo, temblando, y a su alrededor se han agrupado cinco peatones, pero solo uno de ellos, de rodillas, agitado, intenta hacerla reaccionar. Quizá es médico, aunque de lejos no lo parece, precisamente por la agitación, por la tensión que revelan los movimientos que a unos pasos todavía del gentío logro entrever. Va de terno, al igual que dos del grupo de mirones, y la mujer, más vieja a medida que me acerco, más demacrada y perdida en la confusión que experimenta, todavía temblando, aunque cada vez menos, porque quizá el corazón siente fatiga y añora detenerse, lleva puesto un grueso vestido que seguramente propicia una vaga sensación de seguridad. Esto sucede en la acera izquierda de una avenida ancha, los conductores no se dan cuenta de nada, pensando en la cena, en algún encuentro previsto, en el partido de fútbol que verán a las ocho, y hay alrededor, envolviéndonos en su espesura, un bullicio habitual de viernes al final de la tarde. Un adolescente habla por su celular. Solo cuando larga una risotada descubro que no ha llamado a ningún servicio

de ambulancias, sino a algún amigo al que le causa gracia oír ese tipo de historias de gente que desfallece o muere en la ciudad. Incluyéndome e incluyendo al adolescente, ahora somos más, quizá diez o doce, pero el único que sigue intentando ayudar es el hombre arrodillado. Anochece de a poco y hay una mujer en medio de la calle que recorro todos los días a esta misma hora, abatido siempre y dándole vueltas a las mismas preguntas y a los mismos recuerdos, pensando también qué haré cuando llegue al apartamento y abra la puerta que da a esa pequeña sala silenciosa sin cuadros ni muebles, cómo ocuparé el tiempo obligándolo con esas ocupaciones a que pase inadvertido y pese menos. Den campo, grita uno de los recién llegados, así no le llega el aire, pero nadie parece oírlo, quizá porque nadie está dispuesto a ceder proximidad a esa realidad que intentaremos reproducir luego y que nos hace sentir un poco más vivos. No debería, pero pienso en mi hija justo cuando empiezan a oírse unas sirenas que paralizan el tráfico, ahora la mayoría de los conductores hace a un lado sus vehículos para dar paso. Miro a los que tengo cerca queriendo saber, solo por medio de gestos y miradas, cuál de ellos llamó y cuándo, si he visto a alguno en el restaurante, en qué momento retomarán su caminata. El enfermero que baja de la ambulancia y despeja al grupo es menos joven de lo que se espera de esa gente, calvo y de barba, pero se desempeña eficientemente y muy pronto está al lado de la mujer, midiendo sus signos vitales. Su compañera, una muchacha de rasgos duros, baja la camilla mientras tanto y nos pide que retrocedamos. Perdido el interés, varios se van y en la avenida los autos y buses circulan con la misma furia de unos minutos atrás. Yo empiezo

FAMILIA

a caminar hacia el apartamento pero descubriendo o decidiendo que no quiero llegar aún, imaginando al hijo de la mujer preocupado por la demora de su madre, sin saber qué hacer, a quién llamar, adónde ir, o a su marido, un anciano que ya no puede acompañarla en sus paseos diarios por el barrio, o a sus gatos, varias horas después, avasallados por el hambre que no se saciará con la porción de alimento seco, o a una amiga vecina que no se da cuenta de nada hasta mucho después, cuando ya es tarde y los gatos han muerto también, si los hay, o cuando el marido ha empezado a gritar como desquiciado desde su cama, las fuerzas menguadas, o cuando el hijo ha querido averiguar si ella supo o sabe algo, pero ella recién se entera. El bar de la esquina está lleno, en la televisión transmiten el preámbulo de lo que será el partido de fútbol de las ocho. Saludo a la camarera y le pido una cerveza, que ella la deja segundos después a centímetros de mi mano, sobre la barra. Los demás beben y ríen, algunos de ellos llevan puestas las camisetas de su equipo, podría armarse una batalla campal con sillas en el aire y puñetes que no siempre llegan a destino. Antes del silbato inicial, los jugadores dando saltitos o estirándose, miles de personas mirándolos en vivo y quizá millones en transmisión directa, en todo el mundo, aunque en otras partes sea de día o un nuevo día, pago y me voy. El teléfono está sonando cuando llego al apartamento. Sé que es Laura y por eso dudo, pero después de cuatro o cinco timbres contesto. Papá, dice ella, la voz ronca. Laura, digo yo. Papá, repite ella y se queda callada. Siempre es lo mismo, su silencio crece y nos agobia y luego es imposible huir, hacer como si no se debiera a algo, a decisiones equivocadas y a reacciones ex-

cesivas y a oportunidades que se perdieron sabiendo, nosotros, de algún modo que fue mejor acallar, que las perdíamos, aunque tampoco era viable lo contrario. La culpa empieza a expandirse, la siento ya por todas partes, pero no quiero que Laura lo sepa, también guardo silencio y después de uno o dos minutos digo que debo colgar. No responde, ni siquiera sé si sigue ahí. Papá, dice luego, pero en ese momento ya he dejado caer el auricular, porque Laura podría pasarse horas sin decir nada, su silencio da terror, es insondable, y yo esta noche no estoy dispuesto a tolerarlo o enfrentarme a él. Me asomo a la ventana, afuera está oscuro, más oscuro que de costumbre, y en el edificio de enfrente casi todas las luces permanecen apagadas. Si lloviera no sería capaz de verlo o daría lo mismo, pienso. Ojalá estuviera acá, pienso también, así, sin nombrarla, sin darle ni eso a la mujer que me visita a veces. Pero está con su marido, seguramente echados en la cama, quizá incluso cogiendo. Vuelve a sonar el teléfono. Papá, dice Laura, sentada en el suelo de una cabina pública destartalada de uno de los peores barrios de la ciudad o en casa de alguna amiga o amigo o novio o novia o no sé quién ni cómo exactamente, no se perciben sonidos de ningún tipo, ni haciendo qué ni vestida de qué manera ni exigiendo o necesitando qué respuestas. No recuerdo cómo me enteré ni cuándo me llegaron los rumores. En cualquier caso, jamás dejé de preguntarme si pude evitar algo, al principio, cuando todavía vivíamos juntos y aparecieron las primeras señales de que nuestras vidas empezaban a tambalear, pero esas señales siempre son difíciles de ver en el momento, solo retrospectivamente se aclaran. Con el auricular apoyado todavía en

FAMILIA

el hombro, escucho la voz de Laura al otro lado de la línea, su voz tan distinta a como era antes, diciéndome que necesita verme. Son más palabras de las que suele decir y pregunto en vano para qué, se queda callada, lo único que sabe hacer, su refugio idiota y recurrente. Para qué, pregunto, apenas, sin casi abrir la boca, y poco después, desesperándome, sintiendo ya la misma inquietud que otras veces, pregunto dónde. Me lavo los dientes y la cara y bajo. El bus que pasa por la parada justo cuando llego está vacío, la mayoría de los habitantes de la ciudad, los que no alcanzaron o quisieron o pudieron comprar entradas, ven el partido en alguna televisión, los bares por los que pasamos incluso tienen gente en las aceras. Avanzamos rápido, el tráfico ha desaparecido. ¿Cuántos años tiene Laura ya? ¿Diecinueve? ¿Y Margo? No he sabido nada de ella ni de su nuevo marido ni de sus nuevos hijos ni de su nueva ciudad en meses. El bus se detiene en el semáforo de la esquina donde hoy mismo, cuando regresaba del trabajo, había una mujer en la calle, hasta que de nuevo da verde y partimos. Más o menos treinta cuadras más allá toco el timbre y el conductor detiene el bus. Resuenan en el aire algunos petardos, lejanos pero fuertes, apenas doy unos pasos y me adentro en una de las calles del barrio, que conozco bien y no es el que imaginaba cuando hablaba con Laura por teléfono. La recuerdo de niña y luego de menos niña, pero son recuerdos difusos a los que se le imponen otros, algunos falsos, como los de las fotografías que vi mucho después y que me provocaron una tristeza invencible. Soy un hombre que va al encuentro de su hija un viernes por la noche y que intermitentemente piensa en la mujer que lo visita a veces, necesiéndola mien-

tras llego al café donde nos vimos alguna vez. Desde la mesa que elijo le pido a la mesera que me traiga un cortado. Me lo tomo de un sorbo, sin azúcar y sintiendo ardor en la garganta. Al otro lado de la puerta corrediza veo a un muchacho que, se me ocurre por la insistencia de su mirada, intenta saber si soy el hombre que ayudó a engendrar a Laura, su padre, uno de los que la trajo. Mueve la cabeza, asintiendo, y aparece ella, que entra en el café después de mirarme a los ojos durante unos segundos. No puedo no fijarme en su ropa descuidada ni en el cabello largo y sucio. Se sienta al otro lado de la mesa, sin besarme y con la cabeza agachada, y como hace por teléfono, no dice nada, ni una sola palabra que me ayude a evaluar su estado. La mesera nos observa, atestigua nuestro silencio. Yo, para aligerarnos a todos la molestia, saco pronto del bolsillo unos billetes y los dejo sobre la mesa. Laura estira la mano, rápido, y sin agradecermelo, aún callada, se levanta bruscamente y se va. Viejo puto, me grita su amigo o novio, que le ha abierto la puerta, y como un eco de sus palabras vuelven a oírse algunos petardos, ya son dos goles pero no sé de cuál de los equipos. Esta vez tengo menos suerte y debo esperar media hora en la parada. De regreso en el apartamento me acerco a la ventana, que es lo que suelo hacer cada vez que llego, a mirar hacia el edificio de enfrente, imponente en medio de la oscuridad. Ya hay más luces encendidas. Por alguna razón extraña, como consuelo, resulta aliviador.